

REVISTA PENÉLOPE
-PERFIL BIOGRÁFICO JUAN PÉREZ CUBILLO-

Baeza, 1950, y residente en Córdoba. Catedrático Jubilado de Lengua y Literatura y miembro de la Asociación Cultural “Mucho Cuento” de Córdoba. Ha publicado ensayos literarios y de Lengua sobre Cervantes, Baroja y Caballero Bonald, así como teatro y poesía. Ha colaborado en revistas como Ficciones, Demófilo, Ánfora Nova, La Manzana Poética...

Las nuevas andanzas de Ali al-Bayyasa (I)

Doy a la memoria colectiva lo que no son sino peripecias de mi otero particular y desde la lectura de los libros de los aforismos de sabios que un día desaparecieron por la oscura senda. Hoy contemplo en tierras de la Arabía con lágrimas y en oscura nebulosa un orbe continuamente agitado que me fue dado conocer desde la memoria de mi familiar origen remoto allá por tierras de occidente.

Dicen que procedo de alta cuna remotamente y de tierras de la antigua Baeza, emparentado con el autoproclamado emir Abd Alláh Ben Muhammad al Bayyasi, e ignoro cómo fui a asentarme por tierras sirias, pues sé que siglos atrás al-Bayyasi murió en Almodóvar, en las cercanas tierras cordobesas; ni como aprendí el roman paladino de las tierras que acogieron a mi familia, mas si sé que mudan las palabras y las intenciones que esconden hasta convertirse en dardos envenenados. Aprendí que la doblez es de semejante modo que la hipocresía y que ambas han mudado en una palabra que utilizan las cancillerías y llaman diplomacia; alcanzo que los pueblos viven ajenos a las disputas con otros pueblos distantes por asuntos baladís cuando no rayanos en la mezquindad.

Decidí embarcarme en aventuras distantes, empujado tal vez por la curiosidad, pues había tenido referencias de un aventurero nórdico que manifestaba opiniones muy dispares, en nada coincidentes con mis experiencias lectoras. Se llamaba Per Gynt, y era el fruto de la creación de un noruego llamado Ibsen; mi primer destino fue Helsingfors, pues me habían comentado que Brecht había estado por allí, y hasta había urdido un libro que me había producido una honda impresión. Las palabras de Ziffel, uno de los personajes, parecían muy clarividentes y rompían los esquemas.

Siempre me ha parecido curioso que se deba amar de un modo especial precisamente al país en el que se pagan los impuestos. La base del patriotismo es saber contentarse con poco; una excelente cualidad cuando no se tiene nada.

Esa honda impresión fue evolucionando hacia una manía obsesiva por el pensamiento profundo y reflexivo, pues había leído un ensayo supuestamente divulgativo en español, una lengua al igual que otras occidentales no extraña para mí. Me recomendaron a un psiquiatra para que me diera las pautas del comportamiento que había de seguir, cuidando mucho de que no me sucediera lo que a Alonso Quijano; el resultado fue positivo, mas no lo suficiente, ya que podía más mi afán lector y el deseo de conocer obras que se me antojaban interesantes del pensamiento occidental. Permanecí en Helsingfors y proseguí mi lectura de Brecht con vivo interés, pues ahora el diálogo de estos dos fugitivos del horror de la guerra hablaban del que ya estaba considerado un gran país

Mire usted los americanos, un gran pueblo. Al principio tuvieron que defenderse de las usurpaciones de los indios y ahora les han caído encima los millonarios. Los reyes de la alimentación los asaltan continuamente, los trust del petróleo, los cercan, los magnates de los ferrocarriles les imponen contribuciones. El enemigo es astuto y cruel, los mantiene apresados en las fábricas de automóviles y arrastra a mujeres y niños al fondo de las minas de carbón. Los periódicos les tienden emboscadas y los bancos los acechan al pasar, en pleno día. Y estos hombres, sobre los que pueden disparar en cualquier momento, continúan, incluso cuando les disparan, luchando como salvajes por su libertad, para que cada uno pueda hacer lo que quiera, cosa que los millonarios celebran con suma satisfacción.

Fue una huella importante la que me produjo, sobre todo cuando me enteré de que su autor había marchado a Estados Unidos en busca de fortuna. La libertad había sido un tema recurrente desde los inicios, yo pude leer en la Gran Biblioteca como los griegos aspiraron un tiempo a que el autoconsiderado como ciudadano especialmente preparado diera un paso hacia el centro para ocuparse de tareas de gobierno. Y sé positivamente que en nuestras tierras fue un importante afán por mucho tiempo, con continuas interrupciones, al igual que entre los occidentales; uno de ellos, poco amigo del lenguaje de las cancillerías, llegó a decir que la guerra es la higiene del mundo. Seguí con la lectura del texto, en que se enlazaban los méritos de un pueblo en su búsqueda continua de la libertad

Precisamente los americanos hablan con especial vehemencia de la libertad. Como he dicho antes, es sospechoso. Para que un hombre hable de libertad, es preciso que le apriete el zapato. A las personas que llevan buen calzado, pocas veces las oirá usted

hablar de lo cómodos que son sus zapatos, de lo bien que les vienen y de que no aprietan, de que no tienen callos, ni soportarían tenerlos. A fuerza de oír hablar de libertad me llené de entusiasmo por América y quise hacerme ciudadano americano o, al menos, ir a ese país de la libertad. Corrí de Herodes a Pilatos. Herodes no tenía tiempo y Pilatos tenía impedimentos. El cónsul me exigió que diera cuatro vueltas a la manzana a cuatro patas y después que un médico certificara que no me habían salido callos. Luego tuve que asegurar bajo juramento que no tenía opiniones. Yo lo juré mirándole a los ojos, pero el cónsul me adivinó el juego y me pidió que probara igualmente que nunca las había tenido. Eso no lo pude probar. Y así es como nunca llegué al país de la libertad. No estoy seguro de que mi amor a la libertad haya sido suficiente para ese país.

Sufrí una gran decepción que me hizo pensar en volver a mi tierra para procesar las múltiples impresiones recibidas y recuperar la calma perdida. Ignoro si volveré a viajar, es muy grande mi sed de conocimientos y mucha torpeza y fanatismo en algunas gentes, hijas del desonocimiento de otras tierras y la ausencia del trato directo. Se me asentó la idea de que el viaje a otras tierras era el mejor modo de conocimiento.

Las nuevas andanzas de Ali al-Bayyasa (II)

Estuve leyendo en la Arabía mucha literatura viajera, a riesgo de que me sucediera lo que a Quijano. Parece que faltaba una de las condiciones para que esto sucediera, como la cierta prevención, la eliminación de la peripecia viajera y el mucho solaz lejos de los lugares de referencia.

Ocuparon un lugar muy importante en mis lecturas un viajero cordobés llamado Pero Tafur, el veneciano Marco Polo y el príncipe florentino Cosme de Médicis; me asentaron en la idea de que la barbarie es patrimonio universal para la que no es necesario expediente de aprobación por una comisión de expertos que dictamine previo informe. Recordé el humor afilado y sutil de Brecht, cuando ponía las palabras en boca de su personaje EL

RECHONCHO acerca del lugar de nacimiento y la pasión por la pureza de sangre, obsesión importante que siguen pensando que es el Sol el que da vueltas y no la Tierra

El pasaporte es la parte más noble del hombre. Además, no se fabrica de una manera tan sencilla como un hombre. Se puede hacer un hombre en cualquier parte, del modo más despreocupado y sin causa razonable, pero nunca un pasaporte.

Interpreté, cuando un sabio galeno me aconsejó, que podía seguir mi andadura en busca de nuevas experiencias. Y me dirigí a España, donde la presencia de mis antepasados despierta encendidas pasiones y proliferación de pontífices acerca de si Andalus fue una época de tolerancia o fanatismo. Recordé que a la intolerancia la hacen privativa de una casta, cuando es otra expresión del patrimonio común de la Humanidad toda; Valle-Inclán, del que pude tener referencias en mis viajes, bien que podía ser punto de inflexión en mis cavilaciones acerca de un tema que tantas divisiones provoca entre personas de distintas latitudes. *Luces de Bohemia*, su lectura, me pareció reveladora; parecía escrita por un visionario dotado de gran perspicacia, a través fundamentalmente de las palabras de Don Max Estrella

Ilustre Don Gay, de acuerdo. La miseria del pueblo español, la gran miseria moral, está en su chabacana sensibilidad ante los enigmas de la vida y de la muerte. La Vida es un magro puchero; la Muerte, una carantoña ensabanada que enseña los dientes; el Infierno, un calderón de aceite albando donde los pecadores se achicharran como boquerones; el Cielo, una kermés sin obscenidades, a donde, con permiso del párroco, pueden asistir las Hijas de María. Este pueblo miserable transforma todos los grandes conceptos en un cuento de beatas costureras. Su religión es una chochez de viejas que disecan al gato cuando se les muere.

O cuando el personaje insiste en la idea

España, en su concepción religiosa, es una tribu del Centro de África.

Percibes tras el viaje que la concepción de personas de distintas latitudes es la ciudadanía del mundo y el pasaporte una maniobra de distracción de los poderosos de la tierra, a los que le gusta el control que otorga el todo se pesa-se mide-se cuenta, para que salgan las cuentas de resultados. Un pensador insigne, José Luis Sampedro, en su diálogo con Valentí Fuster apuntaba que existen instrumentos para obtener unos fines concretos y que

el problema es la confusión de los conceptos; la economía como instrumento está supeditada a la consecución de un fin, lo perverso es que se convierta en un fin en sí misma. Cabe preguntar, si esto sucede, que dónde quedan las personas.

Hay valores que contribuyen a dar respuestas a los enigmas que tiene planteado el ser humano. La respuesta no puede ser racional, sino irracional en un mundo en el que prima lo tangible, depende de la sutileza de cada pueblo y su expresión concreta esta respuesta. Otra vez Max Estrella ponía la guinda

Ilustre Don Gay, de acuerdo. La miseria del pueblo español, la gran miseria moral, está en su chabacana sensibilidad ante los enigmas de la vida y de la muerte. La Vida es un magro puchero; la Muerte, una carantoña ensabanada que enseña los dientes; el Infierno, un calderón de aceite albando donde los pecadores se achicharran como boquerones; el Cielo, una kermés sin obscenidades, a donde, con permiso del párroco, pueden asistir las Hijas de María. Este pueblo miserable transforma todos los grandes conceptos en un cuento de beatas costureras. Su religión es una chochez de viejas que disecan al gato cuando se les muere.

Tal vez he viajado y leído demasiado según un autarca de España, que en la inauguración de un pantano vio a un ciudadano escéptico que no aplaudía y lo mandó detener. Requerido por su nulo entusiasmo en torno a las muchas bondades de la gestión respondió que él viajaba mucho y no había visto tales logros, ante lo que el sicario le contestó que lo suyo era leer más y viajar menos. Mi mucho cansancio y el barrunto de que mi aspecto jovial y presto a la sonrisa no se corresponde con mi desmejorada salud que me hace presentir un fin próximo me retiro de nuevo a la Arabía, satisfecho por lo que mi retina me ha facilitado en el humano trato. Vale.

Juan Pérez Cubillo
Córdoba, sept.2015